



Dinero no, pero méritos sí

■ Por Arturo Chang

El proceso electoral que culminará el 19 de abril en primera vuelta o el 26 en segunda, si fuera necesario, se realiza con novedades en el diseño de la propaganda porque integra elementos dirigidos a los jóvenes, pero en ningún caso con la intención de favorecer a uno u otro candidato, sino llamando a votar por el de más méritos, el mejor y más capaz de representar a sus compatriotas.

Además de esos mensajes, se insiste en el sello distintivo que la nominación la realizaron los propios vecinos de una comunidad, los mismos que deben decidirse por el mejor, y todos podemos saber de dónde proviene cada candidato y por qué fue propuesto.

Sin embargo, los medios formadores de criterios adversos a la Revolución han actuado con toda su maquinaria con el fin de imponer la matriz de opinión de que en Cuba no hay elecciones, como si para que existieran tuvieran que ser a la manera de otras naciones, sobre todo, de las que se hacen en los Estados Unidos, donde los mensajes están destinados a inclinar a los votantes a favor de uno u otro aspirante.

Tales prácticas de influencia han llevado a especialistas a comparar la propaganda electoral norteamericana con la que se desarrolla para promover un producto e inducir a comprarlo entre los tantos que se ofertan en los mercados.

Según un sitio digital, entre las técnicas *Made in USA* para recaudar fondos se incluyen reuniones entre el candidato y grandes donantes en potencia, solicitud directa por correo a pequeños donantes y el «coraje» de grupos interesados que podrían terminar aportando millones de dólares.

En 2008, las agencias de noticias resaltaban que dos semanas antes de la cita en las urnas, el candidato demócrata a la presidencia de los EE.UU., Barack Obama, había roto todos los récords de donaciones de campaña electoral, al cosechar la suma de 150 millones de dólares hasta septiembre, y se corría el rumor de que podía pasar los 100 millones de dólares en septiembre, «una cifra que rompería todos los récords de donaciones», según escribía el diario *The New York Times*.

En nuestro caso, además de que ninguno de los delegados a las asambleas municipales del Poder Popular cobra por serlo, no ha tenido que recaudar fondos para su propaganda, que se limita a haber actuado sobresalientemente durante toda su vida, lo cual es lo más valorado por los electores al realizar el secreto acto de llenar la boleta.

Una sola estrategia en la cintura de América



■ Por Mercedes Rodríguez García

¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

José Martí en el ensayo «Nuestra América», 1891.

No tanto como Raúl, pero Obama fue claro, y no ocultó sus verdaderos propósitos en la alocución que hiciera el 17 de diciembre de 2014. De modo que si solo cambian los métodos, pero los objetivos persisten, no hay por qué pensar que en la Cumbre de las Américas tenga lugar un giro de 180 grados en materia de política con respecto a Cuba, ni tampoco con América Latina.

Y fuera bonito pensar otra cosa, porque la cita que hoy concluye en Panamá ha estado rodeada de grandiosas expectativas sobre el futuro del archipiélago, interesada más que nadie en normalizar sus relaciones con los Estados Unidos, pero «sin sombra a nuestra independencia nacional y autodeterminación» y, «sin renunciar a uno solo de nuestros principios», condicionantes reiteradas por Fidel y Raúl, en distintos momentos y circunstancias de la nación cubana.

Pues allí, en la VII Cumbre de las Américas, gracias al reclamo solidario de la mayor parte de las naciones latinoamericanas y caribeñas, junto a Barack Obama y otros 33 jefes de Estado y de Gobierno del hemisferio occidental, está el Presidente cubano, dispuesto a continuar el diálogo sincero y respetuoso, sobre la base de la igualdad para tratar los más diversos temas de forma recíproca.

Diálogo que siempre será reflejo del pensar y sentir de sus compatriotas, agrupados en numerosas y diversas organizaciones de masas, sindicales, campesinas, feministas, religiosas, estudiantiles, de escritores y artistas, y no de unos pocos individuos que reciben dinero, instrucciones y oxígeno del imperio norteamericano, y como los que en esta oportunidad, en el contexto del Foro de la Sociedad Civil, han llenado de guijarros el camino a favor del acercamiento de posiciones entre las dos Américas.

Hijos desleales, malas personas, que jamás sabrán comportarse con la educación, cultura, altura e hidalguía de quienes sí fueron allí para participar en «un diálogo político sobre cuestiones de soberanía, sociedad civil, nacionalidad, o sencillamente Cuba», como expresara hace poco nuestro digno y querido Eusebio Leal.

Aunque antes habría que hablar del marabuzal que en igual sentido representó la orden ejecutiva de la Casa Blanca designando a Venezuela como una amenaza para la Seguridad Nacional de los EE.UU. Desacertada decisión que actuó como un bumerán al avivar más los sentimientos patrióticos, chavistas y antimperialistas de la nación bolivariana, a la vez que levantó protestas a escala mundial y originó que 10 millones de ciudadanos de todos los países —de ellos más de 3 millones de cubanos— estamparan su firma en solidaridad con el pueblo que representa su legítimo presidente, Nicolás Maduro.

De nuevo han fracasado los planes del Pentágono, y aunque Obama



ya no cree que Venezuela constituya una amenaza para los Estados Unidos, las sanciones contra el hermano país continúan en pie. El Presidente estadounidense no pudo imaginarse que su rúbrica serviría de acicate a las fuerzas de la soberanía latinoamericana para acrecentar la voluntad de soberanía e independencia.

El escenario coexiste complejo, y la Cumbre no es un acelerador de partículas. Por lo tanto, las relaciones de los EE.UU. con sus vecinos del Sur solo mejorarán en la medida en que este abandone los intentos neocoloniales, y deje de pensar en América Latina como su traspatio y de tratarla como un rey a sus súbditos. Con Cuba, y ahora con Venezuela, ha quedado demostrado que las políticas de acoso y asfixia no funcionan en la actualidad, y si lo hacen, es en reversa y solo favorecen la unidad y solidaridad de los pueblos.

Unidad y solidaridad que tiene su simiente en las fallidas aspiraciones de Simón Bolívar de integrar a toda la América hispana en una confederación, idea que venía desde Francisco de Miranda, quien propuso el nombre de Colombia para esa eventual nación. Al respecto escribe el *Libertador* en la conocida Carta de Jamaica, fechada el 6 de septiembre de 1815.

«¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración».

Integración y unidad latinoamericanas con la que también soñó nuestro Apóstol. Él —como nadie en su época— comprendió la necesidad de ir adelante con la obra de integración multinacional de Bolívar, de ahí su capacidad para elaborar una estrategia revolucionaria capaz de sobrepasar los límites de la independencia nacional y darle un carácter verdaderamente continental a la lucha. Estrategia de un genio que aspiraba sobre todo a impedir que el imperialismo norteamericano en ciernes cayera sobre las Antillas y sobre el resto de nuestra América.

«Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se ex-

tiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso. [...] Impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia», expresa en carta inconclusa dirigida a su amigo Manuel Mercado, el 18 de mayo de 1895, un día antes de su caída en combate.

El tiempo transcurrido de entonces acá se ha encargado de otorgarle plena vigencia al ideario martiano-bolivariano, retomado en sus esencias por líderes latinoamericanos contemporáneos como Nicolás Maduro, Evo Morales y Rafael Correa, cuyos paradigmas más grandes se encuentran en Fidel y Chávez, dos hombres marcados por la misma misión humanista y unificadora, y que la historia ya ha situado en su cumbre.

Y no precisamente en la Cumbre de esas Américas, que nació torcida, en 1994, bajo la órbita de la Organización de Estados Americanos (OEA) y con la asistencia de los presidentes de todos los países americanos —menos el de Cuba, excluida de la OEA desde 1962—, y con el objetivo de alinear a la región, plagada de gobiernos conservadores, en un contexto global de creciente hegemonía estadounidense.

Una OEA que no ha variado un ápice desde aquel lunes 26 de septiembre de 1960 en que Fidel hiciera su primera intervención en la ONU, hablando claro sobre una Organización de Naciones Unidas de oídos sordos ante las amenazas, acciones terroristas, agresiones económicas y los intentos que Cuba había hecho en su seno para condenarlas; y sobre la indiferencia mostrada por el gobierno de los Estados Unidos ante la disposición de Cuba de sentarse a discutir sus problemas civilizadamente.

Fue el famoso discurso de «¡Desaparezca la filosofía del despojo, y habrá desaparecido la filosofía de la guerra! ¡Desaparezcan las colonias, desaparezca la explotación de los países por los monopolios, y entonces la humanidad habrá alcanzado una verdadera etapa de progreso!».

Dos años después, desde Cuba, Fidel llamaría a la unidad de América, socavada por «el divisionismo [...]; el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, or-

ganizaciones y dirigentes», factores que siempre han actuado en detrimento de la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos.

Se trataba del mensaje del Pueblo de Cuba a los pueblos de América y del Mundo, más conocido como Segunda Declaración de La Habana. Una de las alocuciones más importantes y célebres de Fidel, la de «Porque esta gran humanidad ha dicho "¡Basta!" y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia», que luego el Che hiciera famosa, con su discurso en la ONU.

Las lecciones han sido aprendidas y los pueblos del Sur se han vuelto desconfiados ante todo lo que venga de sus vecinos del Norte. Y aunque la diplomacia y el protocolo obliguen a estrechones de manos ante las cámaras, aún existen laceraciones indelebiles, heridas abiertas, que habrá necesariamente que cerrar, borrar; cuentas pendientes que deberán ser saldadas; verdades por aceptar; mentiras por confesar; perdones por otorgar; miserias por solventar, sanciones por levantar; cerros por desbloquear.

De ahí la resonancia de la actual Cumbre, y lo vital que resultan las propuestas constructivas de quienes, con objetivos muy claros y políticas superadoras, han proclamado el respeto a la autodeterminación de los pueblos de la región, o denunciado sin ambages los designios injerentistas y neocoloniales de la superpotencia norteamericana, o reclamado para su tierra el control sobre los recursos naturales en manos de potencias extranjeras, o lo que debería ser fin común y para todos los tiempos: la soberanía de las naciones del subcontinente.

En lo que respecta a Cuba, ya sabemos las condiciones. Y aunque en materia de política no todo se publica o se dice, por aquello de que «hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas» y en silencio deberán transcurrir, otras mantendrán el hábito maceista de intransigencia, más allá de que sea retirada de la lista de países que los EE.UU. consideran patrocinadores del terrorismo, asunto que gravita sobre el restablecimiento de relaciones con nuestro país y la apertura de embajadas.

Pero no olvidemos que Obama pretende conquistar posiciones entre la comunidad caribeña y clausurar lo mejor posible su paso por las Cumbres Americanas. El conoce la historia y sabe de geografía. América Latina y el Caribe han cambiado mucho, aunque le cueste entenderlo.

Unidos, seremos invencibles. Ya los árboles van poniéndose en fila para que no pase a sus anchas el gigante de las siete leguas. Ojalá sea esta cumbre el augusto congreso y la época dichosa que imaginó Bolívar. Ojalá, en virtud de la Patria Grande, Nuestra América llegue —con sus diferencias y particulares— a integrarse en una sola.

Como otras dos alas de un mismo pájaro Cuba y Venezuela han de permanecer unidas. Quien por ellas se levante hoy, lo hará para todos los tiempos. No permitamos que nadie quebrante la unidad y la región de paz, de desarrollo, de tranquilidad y armonía que nos hemos propuesto. No hay otra estrategia. Y para ratificarla, no existe mejor momento ni lugar que esta VII Cumbre, instalada en Panamá, la cintura de América.